

los prelados de la Iglesia, usurpando temerariamente el magisterio de esta misma Iglesia, y precipitándose por la senda de la perdición!

«Hed aquí, Beatísimo Padre, lo que con gran empeño y de todo corazón pedimos á Dios, uniendo nuestras lágrimas á las vuestras, en tanto que postros á vuestros sagrados piés, solicitamos de Vuestra Santidad aquella fuerza celestial que sólo puede conferir vuestra apostólica y paternal bendición. Sea esta muy copiosa, y naciendo pródigamente de lo mas íntimo de vuestro corazón, venga á regar y fertilizar no solo los nuestros, sino los de nuestros muy amados hermanos ausentes y los de todos los fieles que nos están confiados. Sea tal que mitigue y endulce nuestros dolores y los de todo el orbe, que aleje nuestras enfermedades, fecundice nuestros esfuerzos y trabajos, y que, finalmente, acelere para la Iglesia de Dios tiempos mas bonancibles.»

«Roma ocho de junio del año del Señor mil ochocientos sesenta y dos.»

Esta protesta llevaba al pié las firmas de todos los prelados cuya lista hemos dado mas arriba.

El Santo Padre se dignó responder de la siguiente manera:

«Los sentimientos que nos habeis expresado, venerables hermanos é hijos bien amados, nos han causado una alegría profunda; son prenda de vuestro amor hácia esta Santa Sede, ó mas bien aun, testimonio brillante y magnífico de ese lazo de caridad que une tan estrechamente á los Pastores de la Iglesia católica, no ya entre sí, sino con esta cátedra de verdad, en la que aparece patente que Dios, autor de la paz y de la caridad, está con nosotros. Y si Dios con nosotros, ¿quién contra nosotros? ¡Alabanza, pues, honor y gloria á Dios! Á vosotros paz, salud y alegría. Paz á vuestros corazones; salud á los cristianos fieles confiados á vuestra solicitud; alegría para vosotros y para ellos, á fin de que os regocijeis con los Santos, entonando un cántico nuevo en la casa del Señor, por los siglos de los siglos.»

Dada á conocer la gran solemnidad que tuvo lugar en la Capital del mundo cristiano para la canonización de los ilustres mártires que en el Japon salpicaron con su sangre las vestiduras de la Esposa del Cordero, consignaremos algunas otras noticias que no dejan de tener interés para el lector católico.

Hemos dicho que al ofertorio de la misa pontifical se hizo la presentación de las oblaciones de cirios, pan, vino, agua, dos tórtolas, dos palomas y algunos pájaros pequeños. Dichas oblaciones estaban dispuestas sobre tres mesas á la izquierda del altar. Cada mesa correspondía á una de las tres postulaciones habiendo sobre ellas cinco cirios que tenían pintadas las armas del Soberano Pontífice, y de la orden religiosa á la que pertenecía el santo; dos de estos cirios pesaban sesenta libras y los tres restantes doce; á ambos lados estaban dos panes, el uno dorado y el otro plateado con las armas de Su Santidad, colocados sobre platos de plata; dos pequeños barriles también dorados y plateados contenían el vino y el agua, y tres pajareras, las tórtolas, las palomas y los pajarillos.

Es sabido que á los cardenales de la Congregación de Ritos está reservado el honor de presentar las oblaciones al Santo Padre, con la asistencia de sus gentiles hombres, religiosos de la Orden á que pertenecían los santos y algunas otras personas de dignidad.

En el momento del ofertorio los eminentísimos cardenales Patrizzi, del ór-

den de obispos, Gousset del orden de sacerdotes, Ugolini del orden de diáconos, y Clarelli procurador de la Canonización, se dirigieron hácia las mesas seguidos de los personajes designados para llevar las oblaciones, y en seguida se presentaron delante del trono conducidos por un maestro de ceremonias, y precedidos por los maceros apostólicos.

Allí, el cardenal postulador que iba delante con el cardenal obispo, subió las gradas del trono y se volvió al lado del Santo Padre. El cardenal obispo adelantándose hácia el trono tomó de las manos de sus gentiles hombres los dos grandes cirios que presentó á Su Santidad Pio IX, que los bendijo y los entregó al prefecto de ceremonias. Despues que se hubo retirado el cardenal, presentóse el que llevaba los cirios pequeños, y los entregó al excelentísimo postulador, y este último al Soberano Pontífice, habiéndose hecho lo mismo con las palomas.

El excelentísimo cardenal presbítero ofreció despues los dos panes llevados por sus gentiles hombres, y el cardenal procurador la jaula que contenía las tórtolas.

Acto continuo el cardenal diácono ofreció los dos barriles del agua y el vino que habían sido llevados hasta los piés del trono por sus gentiles hombres, y el eminentísimo procurador, el tercero de los cirios pequeños y la jaula de los pajarillos.

Todos estos personajes volvieron á ocupar sus puestos respectivos, á excepcion del cardenal procurador que permaneció sobre la plataforma del trono, donde todavía tuvieron lugar otras dos oblaciones, la una por los santos jesuitas, en la que tomaron parte los eminentísimos cardenales Altieri, Seytowski y Bofondi; y la otra por san Miguel de los Santos en la que la tomaron los eminentísimos cardenales de Reisach, Villecourt y Roberti.

Terminadas las ofrendas, el Santo Padre despojándose del gremial, se lavó las manos en el agua que le sirvió el Senador de Roma, y se las enjugó con el paño que le presentó el cardenal obispo asistente.

Terminadas estas ceremonias continuó la misa del modo que queda explicado mas arriba.

Extraordinario fue el concurso de fieles de todas las naciones que acudió á esta magnífica solemnidad. En las tribunas que al efecto estaban preparadas se veían SS. MM. los reyes de las Dos Sicilias, S. M. la reina viuda de Nápoles, SS. AA. RR. los príncipes sus hijos, SS. AA. RR. los condes de Trani y los de Trapani, así como S. A. R. D.<sup>a</sup> Isabel María, infanta de Portugal. Otras tribunas estaban ocupadas por el cuerpo diplomático y la aristocracia romana.

Por la noche, las iglesias de los Franciscanos, Jesuitas y Trinitarios estaban brillantemente iluminadas así como otros lugares especialmente el puente de San Angelo, en cuyos pilares se veían multitud de luces que reflejaban en las aguas del Tiber, produciendo un magnífico efecto. La cúpula de San Pedro se iluminó también al modo que acostumbra hacerse en las mas grandes solemnidades.

Vamos á dar ahora algunas noticias acerca del origen y significación de las oblaciones, ya que de ellas se ha hablado, para conocimiento de los que puedan ignorarlo.

*Oblacion* es todo aquello que ofrecen los fieles para el culto divino y que es presentado á Dios por el ministerio de los sacerdotes. Diferenciase del *don* que todo hombre fiel ó infiel, puede ofrecer.

El origen de las oblacones se remonta al principio del mundo. Se encuentran en la ley natural y en la escrita, así como en la ley de gracia. La oblacon es el reconocimiento del soberano dominio de Dios, creador del cielo y de la tierra, y de sus beneficios, así como de la autoridad de los que han sido constituidos en ministros suyos. Los primeros bienes que disfrutó la Iglesia fueron las *oblacones* de los fieles. En los tiempos apostólicos, cuando aun la Iglesia se hallaba en su cuna, los fieles se creían todos en el deber de atender con sus propios bienes á la subsistencia de la nueva sociedad. Segun se lee en los *Hechos de los Apóstoles*, los fieles vendían sus bienes y ponían su precio en manos de los Apóstoles, y estos cumpliendo con la mayor exactitud los preceptos de la caridad cristiana lo distribuían entre los ministros y los pobres. En los tiempos posteriores á los Apóstoles se conocieron varias clases de oblacones, unas que se hacían al altar, otras fuera del altar, y las terceras al administrar los Sacramentos y al efectuar exequias en sufragio por los difuntos; las primeras eran conocidas también con el nombre de oblacones eucarísticas, pues consistían en que los fieles al tiempo del sacrificio ofrecían pan y vino ó las espigas ó uvas en tiempo de nuevos frutos y también aceite é incienso de lo cual se tomaba lo indispensable, distribuyéndose lo restante entre los ministros del altar y los pobres. Estas oblacones no eran obligatorias, pero era muy mal mirado el que dejaba de ofrecerlas. Las oblacones fuera del altar consistían en dinero, aves, frutos ó cosas análogas. En suma, desde muy antiguo empezaron los fieles á hacer alguna oblacon en dinero ó en especies cuando recibían algun Sacramento, y esto, que era un acto piadoso pero voluntario, vino á hacerse obligatorio cuando faltaron á los ministros del altar otros medios de sustentación. Estas oblacones á lo que hoy se da el nombre de *derechos de estola ó pié de altar*, en nada se oponen al mandato de JESUCRISTO *gratis accepistis, gratis date*, porque estos derechos no se miran como recompensa del trabajo, sino como medio de sustentación de los ministros del altar.

Hablemos ahora de las oblacones que hemos visto ofrecer al Soberano Pontífice en el día solemnísimos de la canonización.

El cirio significa la humanidad de Nuestro Señor, cuyo corazón, dice David, es como la cera líquida (1). Además, CRISTO y por virtud de Él, los Santos son la luz del mundo. En la fiesta de la canonización se ofrecen cirios al Vicario de JESUCRISTO, para manifestar que en tal día ha colocado á los nuevos Santos sobre el candelero para iluminar á todos los fieles con el esplendor de sus ejemplos.

El pan es el principal alimento del hombre; y es con el vino, la materia del divino sacrificio. Abraham ofreció á Melquisedec el pan y el vino como homenaje y como acción de gracia por la victoria que había alcanzado. En la ley antigua el pan figuraba la Eucaristía, pan vivo descendido del cielo.

Se ofrece el pan en la ceremonia de la canonización no solamente como recuerdo de los antiguos usos, sino también para dar gracias á Dios por haber aumentado el número de los héroes de la Iglesia triunfante y haber dado á la Iglesia militante nuevos protectores. El pan significa también que los bienaventurados nutridos por el pan del cielo vivirán eternamente.

El vino recuerda á CRISTO, que es la viña frondosa de la que nosotros somos los racimos. Significa que los Santos canonizados, unidos sobre la tierra

(1) Factum est eor meum tanquam cera liquescens. (Psalm. XXI, 15).

á la verdadera viña, produjeron abundantes frutos y se hicieron merecedores á disfrutar de las delicias celestiales.

La paloma es la mensajera de la paz y el símbolo del Espíritu Santo. Esta ofrenda significa por una parte que los Santos han terminado la guerra que sostuvieron contra el mundo, el demonio y la carne, y que viven rodeados de una hermosa paz; y también que llenos de sus dones fueron templos vivos del Espíritu Santo.

La paloma por su plañidero arrullo simboliza los dolores de CRISTO, y antiguamente se colocaba sobre la cruz. En la ceremonia de la canonización significa el amor de los Santos por la pasión del Señor.

La tórtola simboliza la fidelidad, la pureza del alma y del cuerpo, y la vida contemplativa.

Figura de la caridad son los pajarillos. Ellos recuerdan que los Santos se libraron de la prisión del cuerpo volando hácia Dios, á la manera que los pájaros vuelan hácia el cielo, cuando se les abre la jaula. Esto es lo que se hacía en un principio, pero se suprimió después por evitar los desórdenes á que daban ocasión el deseo de apoderarse de aquellas inofensivas aves.

En la relación oficial del suceso que nos ocupa se dice que el Papa segun el uso, recibió el *presbiterio*. Desde muy antiguo el sacerdote recibe honorario por la misa. Cuando el Papa celebra solemnemente se le ofrecen algunas monedas de plata, las más antiguas que pueden encontrarse. *Pro missa bene cantata*.

En suma, la canonización de los Santos tiene siempre algo de providencial. Es un socorro que Dios envía á su Iglesia, por lo regular cuando esta se halla sufriendo alguna terrible tempestad. Así (1), cuando la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, que por decirlo así, fue una canonización *excelsa* pues que la Iglesia declaró la santidad original de la Virgen Madre concebida sin pecado, respondió admirablemente á la llaga del materialismo contemporáneo. Para curar este mal, consecuencia directa del pecado original, Dios nos envió el socorro de que necesitaba el mundo: nos envió á la Virgen, auxilio de los cristianos que *ha destruido todas las herejías*, porque ella es la única sin pecado; la única que por ser su Madre puede aplacar al CRISTO indignado á causa de la ingratitude de los hombres, reyes y pueblos, á los que había redimido con el precio de su divina sangre.

La canonización de los veinte y siete bienaventurados que tuvo lugar poco tiempo después que la declaración del nuevo dogma, preparaba á los fieles para las nuevas luchas que debían presentarse á la Iglesia y que ha sido por cierto y siguen siendo más terribles de lo que hubiésemos podido pensar.

Léase con detenimiento la alocución pronunciada por Pio IX que hemos insertado más arriba y no podrá menos de comprenderse la sabiduría del Jefe supremo de la Iglesia que leía en el libro del porvenir todo el encadenamiento de perversas doctrinas que habían de extenderse para tergiversar las verdades reveladas, y concluir con ellas, si esto hubiese sido posible á los emisarios del infierno, para los que nada significan diez y nueve siglos de triunfos y victorias conseguidos por la barquilla del Pescador.

Pues bien: á los que colocados del lado de la justicia habían de tomar parte en la gran batalla que la impiedad viene dando al Catolicismo, los mártires del Japon se presentaron como preciosos modelos á todas las clases so-

(1) *Les voia de Rome.*

ciales: ellos con su conducta enseñan que el verdadero cristiano, el hombre de la fe, debe estar dispuesto á sacrificarlo todo, y hasta la misma vida antes que caer en la infidelidad. Y hemos dicho que son modelos á todas las clases porque entre ellos los habia niños, mozos y ancianos, europeos y asiáticos, religiosos y seglares. Los que mas débiles parecían por su edad manifestaban mayor gozo al extender sus brazos sobre la cruz, gloriándose todos ellos en ser imitadores de JESUCRISTO en el género de muerte que por confesar su nombre padecían. Son dignas de leerse las frases pronunciadas por el *Promotor*; su sentencia en la causa de los mártires del Japon es la verdadera voz de la Providencia:

«No sin su sapientísimo del Señor, la causa de los mártires del Japon, que toca hoy á su fin, es llamado á su coronamiento en unos días nefastos, en los que el crimen ha llegado á su madurez, elevándose audazmente contra la fe de CRISTO, aun en las provincias mas civilizadas de nuestra Italia. En el momento en que los mas encarnizados enemigos de la Religion emplean todos sus pérfidos esfuerzos en arrancar la fe de las almas piadosas, será oportuno, al par que útil decretar los honores de la canonizacion á esos invencibles soldados de la santa Iglesia, que despues de los mayores trabajos por confirmar la fe cristiana en todo el imperio del Japon, confirmaron su apostolado con el martirio, ofreciéndose á una muerte afrentosa que sufrieron con el mayor valor. Será un nuevo, un admirable modelo para los fieles de nuestro tiempo, un modelo que ellos contemplarán con cuidado y que se esforzarán á imitar á proporcion de sus fuerzas; de tal suerte que no se dejarán seducir por la astucia ni vencer por las amenazas y que les hará conservarse siempre en la integridad de la fe.»

Importantísimas son en verdad las profundas reflexiones que pocos dias despues del hecho que nos ocupa hacia el escritor Maumigny, en la citada obra *Les voix de Rome*, y mucho mas cuando hoy los grandes trastornos de la Europa, la caída de varias monarquías, la invasion de las mas impías y destructoras doctrinas hacen conocer con cuánta prevision y con qué buen sentido aquel pensador anunciaba los males y las catástrofes que seguirian á la caída del poder temporal del romano Pontífice, dado caso que el hecho sacrílego de la ocupacion de Roma por el Gobierno subalpino llegase á su realizacion, como en efecto y desgraciadamente ha sucedido. Fijase el ilustrado publicista en los errores condenados en la alocucion de Su Santidad Pro IX, y discurre de la manera que vamos á traducir:

«Hay una horrorosa lógica en los monstruosos errores señalados por el soberano Pontífice. Se reprocha á los revolucionarios que son inconsecuentes: su inconsecuencia es aparente. Cuando son débiles no se atreven á reconocer en toda su desnudez los principios que les guian ni la estrecha union de consecuencias y principios; pero esta union es incontestable. El verdadero revolucionario debe reirse de esta escuela liberal, que tiene ojos y no ve, oídos y no oye, é inteligencia para no raciocinar; que fija los principios con la pretension de detener las consecuencias, que planta y cultiva el árbol maldito de la independencia individual, y manifiesta asombro al ver que produce frutos de muerte.

«El soberano Pontífice pone de relieve á «estos astutísimos artífices de fraudes y fabricantes de mentiras, que no cesan de sacar de las tinieblas todo linaje de monstruosos errores antiguos, refutados ya y popularizados

«tantas veces con sapientísimos escritos y condenados por el severo fallo de «la Iglesia... que manchan y pervierten toda ciencia... que fomentan la licencia desenfrenada en el vivir y todo género de malas pasiones, trastornando «todo el orden religioso y social, y que se esfuerzan en extinguir toda idea de «justicia, de verdad, de derecho, de honestidad y de religion.»

El naturalismo, en efecto, es el punto de partida de la revolucion, por lo que naturalismo y revolucion es todo una misma cosa.

«Habiendo Dios querido que permanecieran unidos el orden natural y el sobrenatural, la naturaleza no puede conservar su virtud y obedecer á sus leyes sin estar unida al orden sobrenatural: el hombre no puede, bajo pena de muerte, separar lo que Dios ha unido. La caída separó los dos órdenes, y por consecuencia del pecado de Adán, el hombre es concebido en la iniquidad, esto es, en estado de oposicion contra el derecho divino y humano. Este estado es natural al hombre degradado; natural, no segun la recta razon y las leyes de la naturaleza, sino segun la opinion y los instintos, pero cosas que dominan al hombre cuando JESUCRISTO no la ha reparado.

«Separando estos dos órdenes que quedan unidos por el Bautismo y por la Penitencia, si despues de aquel ha sobrevenido una caída, los hombres entregados á sí mismos llegan á formar satánicas asociaciones, en las que como ha sucedido en Bélgica, llegan hasta el extremo de pretender abolir los Sacramentos ó destruir sus frutos, y la revolucion se pone por debajo del paganismo, puesto que los gentiles pecaban por ignorancia en la verdad, pero no la proscibían voluntariamente, por *principio*. Por conveniencia muchos de ellos observaban con la ayuda de la gracia, como dice santo Tomás, la ley natural. Pero el revolucionario que rehusa la verdad que conoce y la gracia de su bautismo, en desprecio de Dios y de JESUCRISTO, llega al fondo del abismo de la maldad y de la abyeccion.

«La revolucion es verdaderamente el pecado contra el Espíritu Santo, que no se perdona en este mundo ni en el otro.

«Los católicos que creen que las virtudes de los romanos y la ciencia de los griegos y de los egipcios pueden brillar y progresar en la llamada civilizacion moderna, caen en la mas deplorable de las ilusiones, pues no ven la inmensa diferencia que Dios ha establecido entre el error y la revolucion: el error, falta humana que Dios perdona; la insurreccion, crimen satánico que siempre castiga. La separacion del derecho divino y de la *libertad* llamada *natural*, esto es, la apostasia y el orgullo, son las bases principales de la revolucion y el origen emponzoñado de todos los crímenes. «La apostasia, dice «el sábio, es el principio de la soberbia del hombre, por cuanto su corazon se «apartó de Aquel que le hizo; porque el origen de todo pecado es la soberbia: «quien la tuviese será maldito y al cabo le trastornará. Por eso el Señor de- «nostó las juntas de los malos, y las destruyó hasta el fin. Destruyó Dios las «sillas de los príncipes soberbios, é hizo sentar en su lugar á los mansos. Secó «las raíces de las naciones soberbias favoreciendo á los humildes (1).»

El escritor llama la atencion de los italianos hácia la reflexion que acaba de hacer, y con mas razon la llamaria hoy el comprender que aquella nacion está próxima á terribles castigos. Jerusalem persiguió y quitó la vida al Hijo del Hombre y fue destruida. La Italia se ha hecho perseguidora del mismo Hijo de Dios en la persona de su Vicario en la tierra, ¿qué le esperará á esta

(1) Eccli. x, 4 et seq.

desdichada nacion si los hombres que dirigen sus destinos no abren con prontitud sus ojos á la luz de la verdad, lo que desgraciadamente no es muy de esperar? Pero estos hombres que han trocado el significado á los nombres, que llaman libertad al liberalismo perseguidor de la Iglesia de Dios, de todo derecho y de los rectos principios se hallan en todas partes, y sus doctrinas condenadas por el Vicario de JESUCRISTO han producido la enfermedad que tiene abatidos á los pueblos de la Europa postrados en el asqueroso lecho de las revoluciones mas impías.

El mal se dejaba ya sentir cuando Pio IX, rodeado del Episcopado católico decretó el honor de los altares á los ilustres Mártires del Japon, y de aquí el sentimiento que respiran las frases todas de su allocucion.

Veamos de que manera algun tiempo despues el mismo Sumo Pontífice con la autoridad que de Dios ha recibido, y sin temor de ninguna clase, reasume y condena todos los modernos errores, en los momentos en que los mismos monarcas que debian ser el sosten del Catolicismo no oponian dique alguno al torrente invasor de las perversas doctrinas cuyos efectos han sido los primeros en experimentar.

## CAPITULO LXV.

### DE LA CÉLEBRE ENCÍCLICA «QUANTA CURA» Y EL SYLLABUS.

No habian pasado dos años de la canonizacion de los Mártires del Japon, cuando el santo Pontífice Pio IX se dirigió á todos los prelados del mundo católico, manifestándoles su determinacion de enumerar y condenar todas las herejías y modernos errores que vienen trastornando el orden social. Antes de hacer ninguna clase de comentarios oigamos la voz paternal del Jefe supremo de la Iglesia, en la siguiente encíclica de 8 de diciembre de 1864.

*Á todos nuestros venerables hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos que se hallan en gracia y comunión de la Sede apostólica.*

PIO IX PAPA.

«Venerables hermanos: Salud y bendicion apostólica.—Todos saben, todos ven, y vosotros como nadie, venerables hermanos, sabeis y veis con que solicitud y con que pastoral vigilancia los Pontífices romanos nuestros predecesores han llenado el ministerio, y cumplido con el deber que les fue confiado por el mismo JESUCRISTO, en la persona del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, de apacentar á los corderos y á las ovejas; de tal suerte, que nunca han cesado de alimentar cuidadosamente con las palabras de la fe, de imbuir en la doctrina de salvacion á todo el rebaño del Señor apartándole de los pastos envenenados. Y en efecto, nuestros mismos predecesores guardadores y vindicadores de la augusta Religion católica, de la verdad y de la justicia, llenos de solicitud por la salvacion de las almas, nada han apetecido nunca tanto como el descubrir y conservar con sus sapientísimas Letras y Constituciones todas las herejías y todos los errores que, contrarios